

2
2143

1432

109

K
1941

Las Señales de los Tiempos



¡Salgamos con nuestros hijos! Esto contribuirá a su salud física y moral. Ved los artículos sobre este tema y el cuidado de los niños en tiempo de verano.

Precio: 30 céntimos.

Pesimismo

David Lloyd George, el ilustre hombre de estado inglés, en un discurso pronunciado en Londres el 5 de mayo de este año, dijo lo siguiente:

"Hace diez años era todavía demasiado pronto para que prevaleciese el buen sentido. Me pregunto si ahora, después de estos diez años, no es ya demasiado tarde. Me pregunto también si los hombres de Estado tendrán bastante valor para proponer los únicos remedios que restablecerán el equilibrio del mundo. Entre las naciones reinan la sospecha, la desconfianza y el miedo. Los gérmenes de la malaria de 1914 han producido una terrible fiebre. Están todavía en la sangre de los pueblos, y causan el malestar general. Entonces había una elevada temperatura. Hoy está debajo del nivel normal. Entonces se manifestó la enfermedad por un acceso de fiebre; ahora es el frío, un frío deprimente. A las naciones, les sacude un escalofrío. Pero mientras no se encuentra un remedio, mientras que los Gobiernos no tienen bastante valor y arrojo para mirar estos problemas de cara, no será posible el restablecimiento. Estoy convencido, por lo que he oído, que en todos los países el pueblo está dispuesto a seguir con tal de que alguien le guíe. Los pueblos acogerían gustosos cualquier propuesta, por atrevida que fuese, si sus dirigentes se la presentasen. Espero que lo harán. Espero que lo harán pronto. No hay tiempo que perder.

"Ayer encontré a alguien que regresaba de Ginebra, después de haber asistido a las asambleas de los representantes de los obreros y de los patronos de todos los países del mundo. Este hombre me dice que todos aquellos con quienes hablara, no importa de qué país son, estaban llenos de desesperación. Es demasiado pronto para esperar la fraternidad. Tal vez no llegue antes de varias generaciones, quizá antes de siglos, pero no es demasiado pronto para establecer relaciones de buena vecindad entre las naciones. Si no somos hermanos, seamos vecinos, vecinos cordiales, dispuestos a prestarse mutua ayuda."

El Sr. Lloyd George pronunció estas palabras hace más de tres meses, y lo hizo antes de la reciente Conferencia de Lausana, y también antes de haberse llegado a ciertos acuerdos en la Conferencia del Desarme. Debido a esto, es posible que muchos consideren las declaraciones del político inglés demasiado pesimistas, no aplicables ya a la situación de ahora. Porque, ¿no se ha llegado en Lausana a un acuerdo sobre las deudas, mostrándose Francia dispuesta a conceder a Alemania una rebaja considerable de sus deudas en concepto de reparaciones? ¿Y no puede esperarse un gran beneficio del acuerdo anglofrancés, el "Gentlemen's Agreement" que se firmó después de adoptadas las conclusiones en cuanto a las reparaciones? Es cierto que durante unos días reinó bastante optimismo y se pensaba que íbamos de una manera más segura hacia una paz verdadera. Pero parece ahora que vuelve a nublarse el horizonte, y la Prensa se hace nuevamente eco del pesimismo que reina en el mundo.

Hay bastantes artículos de fondo en muchos periódicos que dan un grito de alarma acerca del gran peligro de que sobrevenga pronto una guerra. Se publicó en *El Liberal*, de Bilbao, del 17 de julio un artículo de Alberto Insúa, cuyas primeras líneas dicen lo siguiente:

"¿Se prepara una nueva guerra? La opinión más extendida en el mundo responde a esta pregunta afirmativamente. No sólo se prepara, no sólo se busca una nueva guerra, sino que, al lado de esta nueva guerra, la anterior, la de los cuatro años, quedará reducida a una campaña insignificante. La que estallar pronto, si las corrientes pacifistas no logran impedirla, equivaldrá a un suicidio de los pueblos y a una regresión a la barbarie."

Otros artículos recientes podrían mencionarse. Muchos son los hombres pensadores que reconocen que desde algún tiempo respiramos un aire cargado de pesimismo acerca del futuro. Y se dice reiteradamente que la situación de ahora se parece mucho a la de 1914, precisamente antes del principio de la gran guerra mundial. Como lo dijo el conde de Sarthe: "La situación internacional es tan delicada como la del año 1914."

En presencia de la gravedad de la situación, el escritor pacifista Romain Rolland organiza, con otras personalidades de renombre universal, un Congreso mundial contra la guerra, y ha lanzado recientemente un llamamiento urgente a la unión contra la guerra. Este documento empieza como sigue:

"La guerra viene. Viene por todos lados. Amenaza a todos los pueblos. Puede estallar mañana. Si hace prender el fuego en un rincón del mundo, no habrá ya medio de localizarla. El fuego lo devorará todo en unas cuantas semanas, en unos cuantos días. Será una cosa sin nombre la muerte de la civilización. La civilización, el mundo, está en peligro."

He aquí algunas expresiones halladas en un artículo publicado en *La Libertad*, de Madrid, por Antonio Zozaya el 22 de junio de 1932:

"No se diga que no tendremos guerra; se nos hará entrar en ella. La guerra se acerca, y si todos los hombres de inteligencia y de energías espirituales no se unen pronto y de manera muy resuelta y activa, seremos víctimas de la catástrofe más horrenda que pudieran soñar las imaginaciones enfermas, y la civilización se desplomará de una manera tan trágica y definitiva, que se volverá al estado primitivo de barbarie."

Tal es la situación actual. Reina pesimismo. Hay temor de una guerra. Hombres de buena voluntad hacen todo lo posible para evitarla. Pero es una lástima que no quieran acudir al único remedio infalible contra la guerra. Se trata del evangelio de Jesucristo, el Príncipe de Paz. La predicación y la aceptación de este evangelio de amor al prójimo en todo el mundo pondría rápidamente fin a toda guerra porque habría amor en los corazones en vez de odio. Pero bien se nota que no hay voluntad en el mundo para aceptar este remedio, y así continuarán las guerras hasta que venga Cristo a poner fin a este estado de cosas y establecer su reino eterno de paz y armonía universal.

R. G.

Redactor:
R. GERBER

Administración:
Covarrubias, 28
Teléfono 34155
MADRID

LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS

REVISTA MENSUAL

PRECIOS

	Ptas.
Número suelto . . .	0,30
Suscripción anual en	
España . . .	3,50
En el extranjero . . .	4 oro

AÑO 1932

MADRID

NÚM. 9.

El culto de las imágenes

por Roberto Gerber

Cuando estamos de viaje, tenemos la oportunidad de ver a menudo con qué veneración se tratan ciertas imágenes de Cristo, de la Virgen y de innumerables santos. La gente acude con devoción para rendir culto a estos objetos inanimados. Se postra contrita delante de ellos, manifestándoles, aparentemente al menos, más profundo cariño que al ser más querido en este mundo.

Por ejemplo, en la iglesia de Quo Vadis, en las afueras de Roma, hay una imagen de Cristo bastante grande. Cuando, hace algunos años, visité dicha iglesia, noté que uno de los pies de la estatua era nuevo. Me fué dicho que esto era debido al hecho de que el pie original había sido desgastado por los muchos besos que le daban los devotos.

En Zaragoza, algo semejante sucede en el culto que se rinde a la Virgen del Pilar. Hay un pasillo en la iglesia, detrás del lugar en donde está la imagen de la Virgen, y hay un cierto hueco exactamente detrás de ella, y allí van los fieles a hacer sus devociones, besando la piedra. Esto se ha hecho ya tantas veces que también el hueco se hace siempre más profundo por el efecto de tantos besos.

Muchos más ejemplos podrían darse de tales costumbres en otros lugares, y bajo formas idénticas o algo diferentes. En la catedral de Santiago de Compostela hay una columna que tiene, a la altura de un metro más o menos, cinco agujeritos bien señalados, correspondiendo a los cinco dedos de la mano.

Existe la creencia que, cuando se ora allí con los dedos de la mano apoyados a esta columna, se obtiene todo lo que se pide en oración, menos la seguridad de ganar en la lotería. Tantos siguen orando de esta forma que los dedos han ido cavando en la columna hasta formar agujeros algo profundos.

Además del valor especial que se atribuye al culto de la Pilarica en Zaragoza, podría mencionarse también Nuestra Señora de Montserrat, Nuestra Señora de la Esperanza, de Sevilla, y muchas otras que atraen numeroso público que, en reverente actitud, les presenta su devoción y sus oraciones. En realidad,



Besamanos a la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza (Divina Enfermera) de Sevilla.

cada iglesia católica tiene su Virgen patrona ante la cual acuden los fieles con sus plegarias.

Lo mismo sucede con los cristos. Hay Jesús del Gran Poder y el famoso Cristo de Limpías. Hay el Santo Cristo de los condenados, de Calatorao. Hay el Cristo de los Cálices, etc., etc. No hay fin a la lista. Cada iglesia tiene también el suyo, venerado por los fieles.

No hay que olvidar los cristos colocados en cerros y montes, como el del cerro de los Angeles, o el de los Andes y otro en Río de Janeiro, en América del Sur.

Hay, finalmente, las vírgenes, los cristos y los santos que se guardan en casa y ante los cuales se reza y se queman velas, sin hablar de lugares muy concurridos en donde la gente va a buscar consuelo, suerte o salud en una capilla que encierra algún santo célebre.

Por tanto, existe un ejército innumerable de imágenes de Cristo, de la Virgen y de un sin fin de santos y de santas, que son el objeto de la veneración y adoración de millones de católicos en el mundo entero.

Ya que tantos millones toman parte en tal culto, se cree, tal vez, que esto lo justifica plenamente. Pero, si el gran número de seguidores de un cierto culto fuese una prueba de que están en lo cierto, resultaría que son los paganos quienes tienen la verdadera religión, porque son los más numerosos. Pero el sentido común nos dice que esto es absurdo. Resulta, pues, que el hecho de que el culto de las imágenes tenga millones de adeptos no prueba nada. Esto, por sí solo, no puede demostrar que tal culto es agradable a Dios. La regla según la cual se ha de determinar nuestros deberes religiosos es la Palabra de Dios, la Santa Biblia. Allí encontramos claramente expuesta la voluntad de Dios hacia los hombres y la manera en que el hombre ha de adorar al Señor. Es la única guía segura.

Preguntamos, pues: ¿Autoriza la Biblia el culto de las imágenes? Veamos la respuesta del Sagrado Libro, y la tomaremos de la Biblia católica de Torres Amat. En ella vemos que el segundo mandamiento de la Ley de Dios dice lo siguiente:

"No harás para ti imagen de escultura, ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás ni rendirás culto. Yo soy el Señor Dios tuyo, el fuerte, el celoso, que castigo la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación, de aquellos, digo, que me aborrecen; y que uso de misericordia hasta millares de generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos." (Exodo 20:4-6.)

Este mandamiento no puede ser más claro. Prohibe terminantemente el hacer imágenes para luego inclinarse delante de ellas y rendirles culto.

Hay lectores que no conocerán, tal vez, este mandamiento por no encontrarse en el catecismo. Es que la Iglesia lo suprimió porque, al conservarlo, no habría podido prosperar el culto de las imágenes. Y ya que esto se implantaba y la Iglesia podía sacar

provecho de ello, prefirió quitar un mandamiento de la Ley con tal de que lograra su propósito.

Pero no era siempre así. Primeramente, la Biblia dice claramente que no hay cambio posible a los mandamientos de la Ley de Dios, a ninguno de ellos. Son todos inmutables. Cristo mismo dijo:

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino a cumplir. Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas. De manera que cualquiera que infringiere uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos." (Mateo 5:17-19.)

La iglesia primitiva no admitía el culto de las imágenes. Tertuliano decía (y con él Clemente de Alejandría):

"Toda figura y toda estatua debe llamarse un ídolo, y no es más que materia vil y profana. Por eso, Dios, para quitar hasta la raíz de la idolatría, prohibió, en su culto, toda imagen y toda figura de las cosas del cielo o de la tierra, no permitiendo la fabricación de tales cosas. Así, nosotros, cristianos, no tenemos ninguna de estas representaciones materiales. Dios, y sólo Dios, es nuestra imagen intelectual."

El mismo testimonio da también Orígenes, oponiéndose al uso de imágenes, por parte de los cristianos, "aunque se le diga que la imagen no es más que un símbolo."

Cipriano dijo: "¿Para qué quieres postrarte delante de imágenes?... Levanta al cielo tus ojos y tu corazón: es allí que debes buscar a Dios."

Un concilio del año 300 prohibió pinturas en las iglesias para que "El que se ha de adorar no estuviese representado en las paredes". Hay también declaraciones de Lactancio, Eusebio y Ambrosio, siempre en contra del culto de las imágenes. Atanasio dijo "que la invocación de los ídolos es un crimen, y que lo que es malo en principio nunca puede ser bueno". Otros padres de la Iglesia podrían ser mencionados.

Se dice generalmente: "No adoramos a las imágenes. No son más que un símbolo. Adoramos en espíritu al ser que representan."

Lo mismo dicen los paganos. Celsio, el enemigo de los cristianos, decía: "¿Quién de nosotros cree que nuestras estatuas son en realidad nuestros dioses y nuestras diosas? Es como un símbolo de la divinidad que las contemplamos, y si nos postramos delante de ellas, es únicamente para honrar a los dioses que representan."

Pero sabemos que no es verdad. Poco a poco se olvida del todo al ser que representan las estatuas o imágenes para sólo ver lo que se tiene delante. Es todo idolatría, y las Sagradas Escrituras la prohíben terminantemente. Es tener dioses ajenos delante del único Dios, y en el Decálogo leemos: "No tendrás otros dioses delante de Mí." (Exodo 20:3.)

Por tanto, iban en contra de las Sagradas Escrituras los acuerdos que tomaron los Concilios auto-

rizando y reglamentando el culto de las imágenes, y no hay que tenerlos en cuenta. Se ha de seguir la Palabra de Dios, y no la tradición o los decretos de los hombres. "¡A la ley y al testimonio!", dijo el profeta Isaías. Por la ley de Dios se ha de juzgar este asunto.

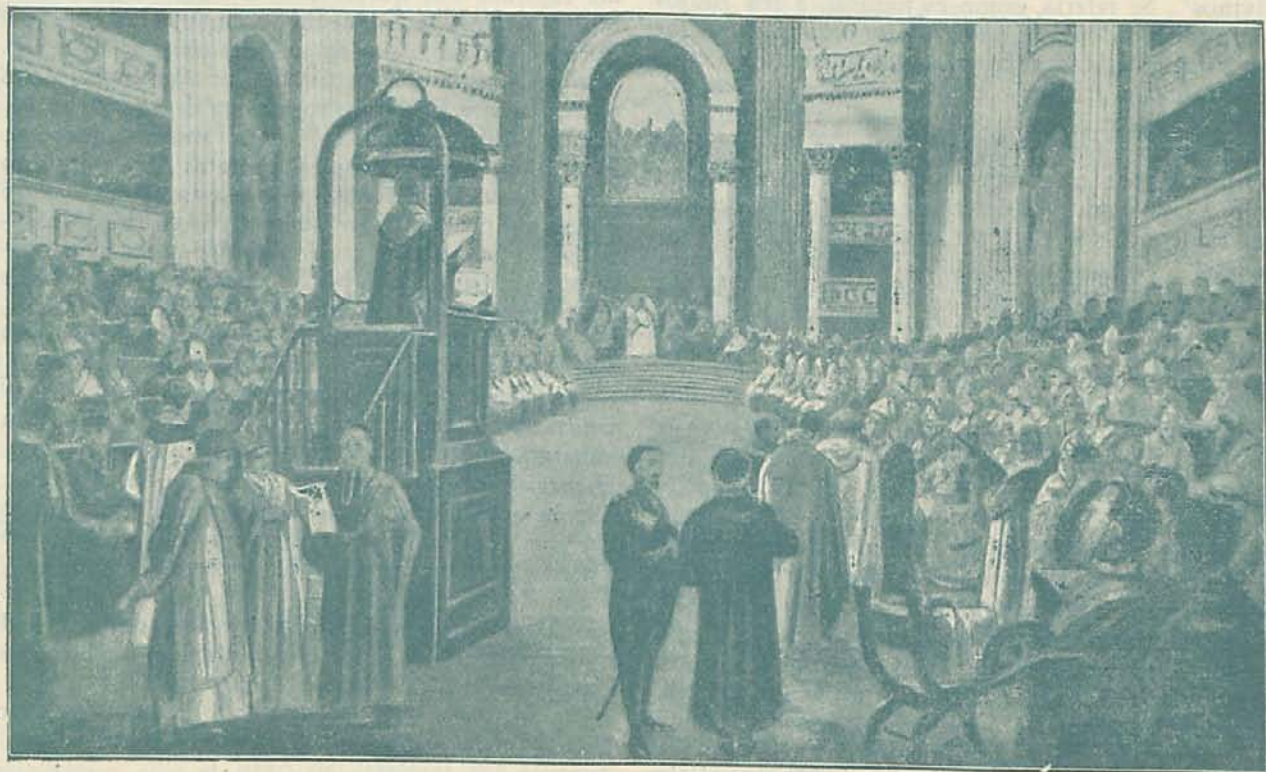
Debemos adorar a Cristo, pero para ello no hace falta imagen alguna. Es una adoración espiritual la que Cristo desea, pues él mismo dijo: "Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren." (Juan 4:24.) En la meditación de nuestro corazón, cerrando la puerta a toda preocupación de este mundo, y, en realidad, cerrando los ojos a todo lo visible, es entonces que mejor puede adorarse a Cristo. Si se rinde culto a Cristo, teniendo delante a una estatua de él, se rebaja y envilece el culto que se le rinde.

El culto a las imágenes de la Virgen y de los santos tiene todavía menos justificación. En ningún caso es permitido adorar a la Virgen o a los santos, porque no son Dios y no forman parte de la Trinidad. Así, nunca hay que rendirles culto o dirigirles oración, sea con imágenes de ellos o sin ellas. Tenemos en la Biblia algunos ejemplos que nos instruyen debidamente sobre esto. He aquí la experiencia del apóstol San Juan: "Yo Juan soy el que ha oído y visto estas cosas. Y después que hube oído y visto, me postré para adorar delante de los pies del angel que me mostraba estas cosas. Y él me dijo: Mira que

no lo hagas, porque soy siervo contigo, y con tus hermanos los profetas, y con los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios." (Apocalipsis 22:8, 9, ver también cap. 19:10.)

Así, no hay que adorar a los ángeles y sin embargo son de una categoría de seres superiores a los seres humanos. La Virgen era humana, y aunque era buena mujer, no se le puede rendir culto como si fuese Dios. Tampoco debemos postrarnos ante los santos. He aquí una experiencia del apóstol San Pedro: "Y como Pedro entró, salió Cornelio a recibirle; y derribándose a sus pies, adoró. Mas Pedro le levantó, diciendo: levántate; yo mismo también soy hombre." (Hechos 10:25, 26.) En cierta ocasión, los gentiles quisieron ofrecer sacrificios a Pablo y Bernabé, tomándolos por dioses, pero ellos contestaron: "Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, que os anunciamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, y la mar, y todo lo que está en ellos." (Hechos 14:15.)

La adoración de la criatura en vez del Creador, el apóstol San Pablo lo llama vanidades en el texto que precede. Sí, es un culto vano el que se rinde a las imágenes, un culto que no trae ayuda o bendición. No contribuye a la salvación de nuestras almas. "Venid a mí", dice Cristo, y yendo directamente a él sin intermediarios o imágenes, hallaremos la salvación.



Proclamación, en 1870, de la Infalibilidad Papal. Se conceden honores divinos al Papa. Esto es una idolatría como lo es el culto de las imágenes.

¿Cuál es la Biblia auténtica?

por Salvador M. Iserte

III.—El testimonio de las Biblias católicas.

Después de demostrar que la voz de la historia clama en contra de los libros apócrifos, pasemos a examinar qué tienen que decirnos los sacerdotes católicos que consagraron su vida o sus esfuerzos a proporcionar a la lengua española una biblia católica. Para ello nos serviremos de las versiones castellanas de Felipe Scío (5 tomos, Madrid 1852) y de Torres Amat (1 tomo, Madrid 1928), ambas con todas las aprobaciones y licencias eclesiásticas necesarias para que puedan servir de lectura a los súbditos del Papa.

Si abrimos la Biblia católica, el primer libro apócrifo que encontramos es

TOBÍAS

del cual nos dice la versión católica nueva que *"por los tiempos de Jesucristo no estaba este libro en el catálogo de las Escrituras Sagradas que tenían los judíos de Palestina."* Ya no se puede hablar más claro. Especialmente si recordamos que el apóstol Pablo dijo en los Romanos (c. 3, v. 2) que a los judíos y no a otros *"fueron confiados los oráculos divinos"*. Se refería, como es natural, a los Judíos como pueblo de Dios, quienes perdieron esta prerrogativa al crucificar a Cristo y dar muerte, tres años más tarde, a Esteban, el primer mártir cristiano. Desde entonces fueron considerados absolutamente sin ninguna diferencia, como cualquier otro pueblo, perdiendo, por lo mismo, su autoridad sobre el texto sagrado, que pasó por derecho natural de herencia al que fué constituido pueblo elegido de Dios, o sea a la iglesia primitiva cristiana. De manera que, aun suponiendo que después de Cristo los Judíos añadiesen Tobías al Canon, su acción hubiera sido sin valor alguno. Si en los tiempos de Jesucristo no estaba, era imposible que estuviese después en el Antiguo Testamento.

No es ahora nuestro objeto negar su historicidad o su moralidad. Lo que rechazamos, con este testimonio a la vista, es su inspiración.

Scío confirma estas palabras en su *"Advertencia sobre el libro de Tobías"*, declarando: *"Parece haber sido escrito originalmente en chaldeo"* y *"los judíos no reconocen este libro por canónico"*. Pero un poco más adelante no se olvida de decir que fué *"el Concilio de Trento que lo puso en el canon de los libros sagrados"*. Y he aquí su conclusión inapelable en vista de tal decisión: *"Y esto sólo nos debe ser más que suficiente para que no dudemos de su autoridad, que han pretendido derribar los herejes de estos últimos años con muchas objeciones."*

Don Felipe Scío se contenta con contestar las *"muchas objeciones"* de una manera muy superficial, siendo, sin embargo, el asunto de mucha tras-

cendencia. Una contestación tal no puede satisfacer a un cristiano que anhele saber la razón de su fe.

Y con esto pasemos al libro de

JUDIT

Empieza Scío confesando que *"es verdad que este libro no se halla en algunos catálogos antiguos de las Escrituras"*. Pero esta verdad, como otra cualquiera, no tiene ningún valor ante *"el Santo Concilio de Trento, que le ha confirmado... por un libro divinamente inspirado. Y esto sólo basta para calmar en un católico todas las dudas"*, repite Scío. Estos son todos los argumentos a favor de los apócrifos: el Concilio tridentino. No hay más. Y verdaderamente no los hay.

Tampoco este libro fué escrito en hebreo. *"Fué escrito—dice Scío—en chaldeo, a lo menos San Jerónimo afirma haberle trasladado de esta lengua, no atendiendo tanto a las palabras, como al sentido de ellas."* (Advertencia sobre el libro de Judit.)

ESTER

El libro de Ester es canónico hasta el versículo 3 del capítulo 10, que es todo lo que contienen las biblias auténticas. Desde dicho lugar hasta el fin del libro es apócrifo, o sean seis capítulos y diez versículos de las Biblias católicas. Por algo llama a esta parte apócrifa la versión romanista de 1928 *"Suplementos deuterocanónicos"*, y el mismo Jerónimo al terminar la parte inspirada anota: *"He traducido con toda fidelidad lo que se halla en el hebreo. Lo que sigue lo he hallado escrito en la edición Vulgata."* (Tomado de la v. T. A.) Un poco más adelante repite que dicha porción añadida *"no se halla ni en el hebreo ni en ninguno de los otros traductores"*. Yo creo, sinceramente, que ya no podemos pedir más claridad para aquel que no está ciego.

No existiendo en el canon auténtico, nosotros tenemos todo derecho para rechazar dicha porción. Sin embargo, no quiero pasar adelante sin recordar unas palabras importantísimas de Scío en su Santa Biblia. Afirma que Jerónimo en *"la prefación de este libro dice que tuvo a las manos una copia (de la parte apócrifa) a la que no daba autoridad canónica"*. (Tomo II, p. 480.)

Todo favorece, pues, al investigador de la verdad divina para poder separar radicalmente lo profano de lo sagrado.

SABIDURÍA

Los tres primeros—dice de nuevo Scío—tienen, indudablemente, por autor a Salomón, y *se hallan en el Canon de los Hebreos*: es, a saber, el de los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de Cantares.

Estos tres, juntamente con los otros dos, que son la Sabiduría y el Eclesiástico han sido siempre reconocidos por la Iglesia Católica." (Adv. a los Proverbios.)

Notemos bien la distinción que se hace entre los tres primeros, que son auténticos y que por tanto se hallan en el Canon hebreo, y los dos últimos, que no se hallan en dicho Canon y de los cuales no se dice más que la Iglesia romana los reconoce; Scío será un hombre engañado al creer que es la Iglesia papista la depositaria del Antiguo Testamento en lugar de la sinagoga, pero parece sincero.

En la "Advertencia" a este libro, Scío recuerda que "la última y sola fuente que nos ha quedado abierta es griega. Y así este libro, juntamente con el de Eclesiástico, entra en el número del Heptateucho o de los siete libros que del Antiguo Testamento tenemos en griego, es a saber: Los dos dichos, el de Judit, el de Tobías, los dos de los Macabeos, y el de Baruch", que son precisamente todos los libros falsos que no admitimos. Y añade: "Como observa muy bien San Jerónimo (Praefat. ad Heleodorus) brilla en todo él aquella elocuencia y erudición griega, que florecía en todo el Oriente y principalmente en Alejandría en el imperio de los reyes de Macedonia... muy diferente de la sencillez hebrea... lo cual se echa también de ver en el libro II de los Macabeos."

Y Severiano de Páramo se ve obligado a decir en la versión de 1928: "Los judíos y protestantes no admiten la autoridad divina de este libro y por eso le excluyen de sus biblias."

Al lado de este libro, y como participando de su naturaleza, encontramos el

ECLESIASTICO

del cual, además de lo ya mencionado, afirma Scío que "no tenía lugar en el canon primitivo de los Judíos y aun ella misma (la Iglesia Católica) no le admitió desde luego en el suyo".

No estaba, pues, en el canon auténtico ni tampoco en el derivado y sí sólo en el del Concilio de Trento, que carecía de autoridad divina para resolver este problema.

BARUC

"Estas son las palabras del libro que escribió Baruc." Así comienza esta falsa profecía y ya desde su principio desvanece la pretensión de la Biblia católica moderna de que esta profecía es parte de la de Jeremías, diciendo de una manera inequívoca que es el "libro que escribió Baruc" y no Jeremías.

Pero ya que Torres Amat se calla lo más importante, veamos lo que tiene Scío que decirnos sobre el particular. "Es también constante—estas son sus palabras—, que el libro de Jeremías fué siempre contado entre los libros canónicos; mas por lo que mira a Baruc, no fué recibido por los hebreos ni se halla en el canon de los Libros Sagrados que publicó el Concilio V Cartaginense; lo que hace que no fué

tenido por de Jeremías y, por consiguiente, que no puede pertenecer a otro que a Baruch."

¿Queremos hallar un testimonio más fehaciente que el del mayor traductor católico al decirnos que "no fué recibido por los hebreos?" Si al lado de esta importante declaración ponemos Romanos 3:2, donde se dice que a los hebreos "fueron confiados los oráculos de Dios", entonces, todo otro argumento para demostrar la no inspiración del libro en cuestión sobra.

Y como si esta confesión no bastase, Scío añade que "el texto original se perdió por descuido de los Judíos". ¿Descuido de los hebreos por el texto sagrado? ¿Y la rotunda afirmación de Josefo, citada en un artículo anterior? ¿Descuido? Antes morir. Pero el descuido se comprende al saber que el libro no era sagrado o inspirado, sino profano y humano.

DANIEL

"Los hebreos no ponen en el Canon de sus Escrituras la historia de Susana, el cántico de los tres jóvenes y todo lo que se refiere en el capítulo XIV, para lo cual alegan que no se hallan en el texto hebreo." (Scío, IV, 403.)

Por tanto, nosotros, conforme a la máxima de San Pablo, rechazamos esos tres capítulos de Daniel, de los cuales Jerónimo dice: "No lo hallé en los códices hebreos." (Versión Scío y Torres Amat en Daniel 3:23 y 12:13.)

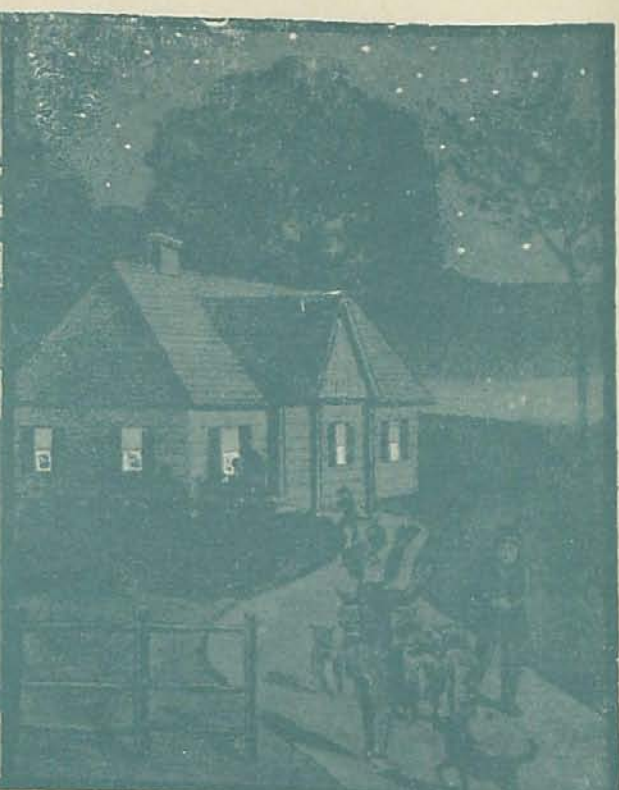
Con esto llegamos a los dos

MACABEOS

Scío (IV, 563) afirma que el primero (de los Macabeos) "fué compuesto en Siriaco", y Torres Amat añade (p. 1.787) que "ahora ya no queda más que la versión griega". Un poco más tarde nos dirá lo siguiente: "El libro segundo es un compendio de la historia... compuesta en griego por un tal Jasón de Cirene en cinco libros, que se han perdido... Este segundo libro se escribió en griego."

Y para no cansar más al lector que me haya seguido hasta aquí, daré fin a estas citas tan reveladoras transcribiendo unas palabras del ya nombrado Scío en su "advertencia sobre la profecía de Daniel".

"Son tan claras las profecías de Daniel... que, como observa un docto y piadoso expositor, habiendo cesado los profetas en el pueblo de Dios después que volvió del cautiverio de Babilonia hasta San Juan Bautista; no parece alegarse otra mejor razón de esta divina disposición" que la dicha claridad y precisión de Daniel. Y estas palabras son tan notables porque fué precisamente durante el período intertestamental que separa a Daniel y a Malaquías de Juan Bautista, que fueron escritos los apócrifos. Y esta es otra razón más sacada de las Biblias católicas en contra de los apócrifos. Y con ella bástenos por hoy, dejando para el último artículo sobre este tema las evidencias internas, que son las más elocuentes, las más directas y las más inapelables de todas.



El día oscuro del 19 de mayo de 1780.

¿Cuándo vendrá Cristo?

por Julio Miñán

Cada capítulo de la Biblia contiene palabras de advertencia y consuelo para todos los tiempos de la historia de nuestro mundo; empero las grandes calamidades que con sus enormes tentáculos están sofocando la civilización moderna, ningún otro las describe tan claramente como el capítulo 24 de San Mateo.

Creemos oportuna una explicación de los cataclismos que los versículos de este capítulo nos presentan. Notamos que en los versículos 1-14 se encuentran las señales como condensadas en un bosquejo, señales que el Señor explica después usando pleonasmos, del versículo 15 en adelante. A la pregunta de los discípulos (vers. 3), Jesús no contestó directamente, esto es, por separado, pero les anunció, uno después del otro, los sucesos que antes de su venida, los hombres con su maldad provocarían irremediamente. Como el Maestro no deseaba desalentar a sus amigos y seguidores, no especificó el TIEMPO, pero dió "SEÑALES" que con precisión matemática ocurrieron en el orden predicho.

"Y salido Jesús, ibase del templo, y se llegaron sus discípulos, para mostrarle los edificios del templo" (vers. 1). La expresión "Y salido Jesús", no tiene referencia a su acostumbrada retirada para ir a pasar la noche en Betania; era sí, su abandono final del templo, de las autoridades eclesiásticas y del pueblo, que aunque lo hubiesen comprendido,

no toleraban que les enseñase el camino al reino de Dios bajo un aspecto totalmente nuevo, tan diferente del que por tradición habían aprendido de sus maestros.

Los discípulos, en su mayoría galileos, no estaban acostumbrados a grandezas arquitectónicas, y por eso, al enseñar al Maestro las bellezas del "templo de Herodes", exclamaron: "¡Qué piedras!... ¡Qué edificios!..." (Marc. 13:1.) El Maestro, con calma, pero lleno de tristeza, contestó: "¿Veis todo esto?... no será dejada aquí piedra sobre piedra, que no sea destruida." (Mat. 24, versículo 2). Los fieles galileos, creyendo que aquel maravilloso santuario sólo podía ser destruido en el fin del mundo, fundieron los tres sucesos en uno, preguntando: "¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo?" (Vers. 3).

Para que los apóstoles y los que por su ministerio hubieran de creer en Jesús, conociesen el tiempo en que debían esperarle en su gloriosa venida, el Profeta de Galilea, separó en su gran bosquejo los tres sucesos que sus discípulos tan estrechamente unieran.

LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN

No ha de sorprendernos que los discípulos creyesen que el edificio que constituía el "orgullo de los judíos" debiese permanecer hasta el fin, dominando siempre en el monte Moriah. Flavio Josefo, hablando de él, dice que había sido "construido de mármol tan blanco que a lo lejos parecía una mon-

taña de nieve y su techo dorado resplandecía al sol, de modo que los ojos que lo miraban no podían sostener la vista y algunas piedras eran monolitos de más de 24 metros de altura". (Guerras de los judíos, cap. VI, y Lib. Sexto. Traduc. de Juan Martín Cordero, tomo II, pág. 175-176.)

Al principio del capítulo X del libro séptimo, el mismo historiador nos relata la escena que tuvo lugar dentro del recinto sagrado en el día del incendio. "Un soldado sin esperar que se lo mandasen, antes pareciendo divinamente incitado, animado por uno de sus compañeros arrojó una antorcha encendida por una ventana de oro", y en pocos minutos estaba incendiada contra la voluntad y órdenes de Tito aquella joya de arquitectura. Nos parece un tanto significativo el hecho de haber sido incendiado exactamente el mismo día del año en que Nabucodonosor lo había quemado siglos antes. Maimónides, otro escritor judío, dice que "Terentius Rufus, un oficial del ejército de Tito, arrancó los cimientos del templo", por donde se había colado el oro derretido. La toma de Jerusalén ocasionó, al decir de Flavio Josefo, "once veces cien mil muertos y noventa y siete mil prisioneros", declaración que confirma de lleno la profecía del Maestro: "Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada de las gentes." (Luc. 21: 24).

VELAD

Como señal que seguiría inmediatamente a la catástrofe nacional sufrida por los judíos, el Nazareno mencionó que "Vendrán muchos en mi nombre" (vers. 5). La verdad de esta predicción es corroborada por la historia y la comprueban nuestros propios ojos. El mundo, desde el punto de vista religioso, fracasó completamente; apenas uno por mil de los habitantes de nuestro planeta posee una fe sana; aun así, nunca se vió tamaña fiebre de sucesión y rápido eclipse de los falsos cristos y falsos profetas. Podríamos presentar al lector mil y uno falsos cristos y falsos profetas, pero nos atendremos solamente al que en estos días aún no se ha eclipsado —Jeddú Krisnamurti—. Es este el cristo que espiritistas y esotéricos esperaron tantos años. El mensaje de este falso cristo es de un molde que se adapta al orgulloso pensamiento humano. Dice él: "Yo soy mi propio y único Salvador"—idea que trata de inculcar a sus prosélitos—. Es con enseñanzas como éstas que, en la ansia indómita de hacer grande el espiritismo en todas sus variaciones, está arrastrando a la perdición a una gran parte de la humanidad. Otra buena parte está siendo engañada por el falso cristo, que cree tener poder de mudar las leyes que el propio Dios escribió con su dedo, y esto lo hace en común acuerdo con los falsos profetas que enseñan que Dios derogó su ley sólo para verse libres de la observancia del cuarto mandamiento.

En cumplimiento de las palabras del *Mayor de los profetas*, vemos que cada grupo con apariencia de religiosidad tiene sus cristos y profetas que, en

oposición a toda enseñanza, pura y verdadera, "darán señales grandes y prodigios; de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos" (Versículo 24). Felizmente Jesús habló en el modo condicional y la intercalación de "si es posible", es prueba de que los "escogidos"—los que ponen su fe en la Biblia y que cuando oyen decir "el Cristo está aquí o allí" no lo creen, éstos no serán engañados, pues saben que así "como el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre" (vers. 27).

LAS SEÑALES EN EL CIELO

Entre las "señales" que como "hojas que brotan de la higuera" nos habían de dar a conocer la proximidad del fin, Aquel que "sustenta todas las cosas por la palabra de su poder" especificó que "el sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo" (vers. 29).

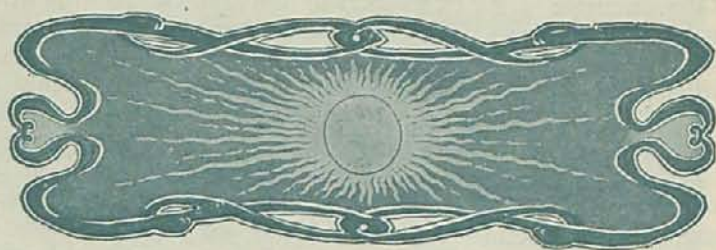
Ya mucho se ha escrito en las páginas de LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS, y creemos que una buena parte de nuestros lectores está enterada del gran fenómeno que fué visto en casi toda la América del Norte, Central y Antillas en el día 19 de mayo del año 1780. No es éste, con todo, el único día obscuro que la Astronomía registra. Tres años más tarde fué visto en Europa idéntica señal, empezando el día 26 de mayo en Copenhague, se arrastró la sombra de ahí hacia el Sur y Oriente, hasta que a fines de junio era observado en Noruega, Francia, Italia, Austria, Suecia, Rusia y otros países de Europa y una gran parte de Asia, muy especialmente en la región del Altai.

Lluvias de meteoros, que en lenguaje vulgar son "estrellas", han sido presenciadas en varios años y lugares: El 12 de febrero de 1799 en Cumana, Venezuela. En el día 12 de noviembre de 1832 en Europa. La más importante de estas "lluvias" fué vista en América el día 13 de noviembre del año 1833; era tan grande su intensidad que muchos creían haber llegado el día del juicio. En cuanto a la frase "las virtudes del cielo serán conmovidas" (Luc. 21: 26), los diarios están llenos de calamidades que se suceden acá y acullá. Ahora mismo, nuestros ojos son testigos de las noticias que los periódicos nos traen. Terribles sequías en unas partes y destructoras inundaciones en otras. En Europa, nevadas en el mes de julio, haciendo del verano invierno, de tal forma que ya ni sabemos cuando empiezan las estaciones ni cuando terminan, atrásándose así unas cosechas y estragándose otras. Para mayor de las desdichas muchos pueblos han visto verdaderas plagas en esto de las "virtudes" del cielo. Grecia en una mañana vió con espanto su territorio cubierto de nieve negra. Otro país ve caer sobre sus habitantes lodo amarillo y mal oliente, y uno de los estados del Brasil (Río Grande do Sul), contempla con horror y lleno de miedosa superstición, una asquerosa lluvia de sangre. No nos queda duda de que "las virtudes del cielo" se hayan de ha mucho "conmovido".

(Continuará.)

El sol, la luna y las estrellas

por José Boix



Vivimos en una época muy singular de la historia del mundo, una época en que las teorías humanas son consideradas como superiores a "las ordenanzas de Dios y sus leyes", una época en que la mayoría de las gentes prestan más atención a las "palabras persuasivas de humana sabiduría", que a "la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre"; una época, en fin, en que el reconocimiento de la gloriosa soberanía del Todopoderoso se está perdiendo rápidamente de vista, y como resultado lógico e inevitable, nuevas formas de cultos idolátricos se están entronizando en los corazones. La razón o el porqué el género humano sigue las trilladas sendas de la idolatría, está consignada en las Escrituras en los términos siguientes: "Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias; antes se desvanecieron en sus discursos, y el necio corazón de ellos fué entenebrecido. Diciéndose ser sabios, se hicieron fatuos", y en su fatuidad "mudaron la verdad de Dios en mentira, honrando y sirviendo a las criaturas antes que al Criador, el cual es bendito por los siglos." Rom. 1:21, 22, 25.

El conocimiento progresivo de las artes y las ciencias ha sido permitido por Dios para que tengamos una visión más amplia de su poder soberano; pero ha sido mal empleado, es decir, se ha hecho un mal uso de él, y separa a los hombres de "Aquel que ha hecho el cielo, y la tierra, y el mar, y las fuentes de las aguas", en vez de acercarlos a él.

DIOS COMO CREADOR DE LOS ASTROS

La palabra de Dios nos relata la obra maravillosa de la creación de los astros del modo siguiente: "Y dijo Dios: Sean lumbreras en la expansión de los cielos para apartar el día y la noche; y sean por señales, y para las estaciones, y para días y años; y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra; y fué así. E hizo Dios las dos grandes lumbreras, la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas. Y púsolas Dios en la expansión de los cielos, para alumbrar sobre la tierra, y para señorear en el día y en la noche, y para apartar la luz y las tinieblas: Y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y la mañana el día cuarto." Gén. 1:14-19.

A este sencillo e inspirado relato, los que han perdido de vista "la buena palabra de Dios, y las virtudes del siglo venidero", objetan que los conocimientos físicos y astronómicos desmienten que el

sol y la luna sean las dos lumbreras mayores, y que los movimientos de los astros contradicen las declaraciones bíblicas que atribuyen cierta movilidad al sol, etc.; mas se olvidan de que en la majestuosa obra de la Creación, al igual que en la de la Redención, hay misterios que el hombre no puede sondear. Dirigiéndose Dios al hombre, le hace las siguientes preguntas: "¿Podrás tú impedir las delicias de las Pléyades, o desatarás las ligaduras del Orión? ¿Sacarás tú a su tiempo los signos de los cielos, o guiarás el Arcturo con sus hijos? ¿Supiste tú las ordenanzas de los cielos? ¿Dispondrás tú de su potestad en la tierra?" (Job. 38:31-33). Con Job, no podemos por menos que confesar, que Dios "hace cosas grandes e incomprensibles, y maravillosas sin número." (Job 9:10). Lo incomprensible es que porque algunos "indoctos e inconstantes" no entiendan las Escrituras de Dios, se atrevan a darles una interpretación torcida "para perdición de sí mismos".

La Biblia afirma que Dios hizo las dos grandes lumbreras "para alumbrar sobre la tierra": ¿quién podrá desmentirlo? ¿conocen los mortales otras lumbreras mayores que éstas, en lo que afecta a nuestro mundo terráqueo? Ciertamente que no. Si hay otros astros luminosos mayores que éstos, la palabra de Dios no lo niega; pero sí afirma, teniendo en vista el fin para que fueron creados, que el sol, "la lumbrera mayor para que señorease en el día", y la luna "la lumbrera menor para que señorease en la noche", son "las dos grandes lumbreras". Y, efectivamente, por sus efectos luminosos sobre la tierra, la Humanidad no conoce otros mayores. Hay que tener en cuenta que la Biblia no se escribió con el propósito de enseñarnos las leyes que rigen estos cuerpos celestes, sino más bien para "aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio desde los siglos en Dios, que crió todas las cosas". Y este misterio se nos dice que es: "el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo". Efe. 3:8, 9.

En las Escrituras, nada se nos dice referente a que la tierra gire alrededor del sol, o que éste sea un astro fijo. (Se llama astro fijo cada una de las estrellas que brillan con luz propia y guardan siempre entre sí la misma distancia sensible, pero no son inmóviles.) Es verdad; pero ¿hay alguien que pueda probar que la Biblia niega los movimientos de los astros? Indudablemente que no; Dios solamente nos hace una pequeña descripción de su obra creadora, y del propósito que tuvo al crear dichos astros, y al hacerlo, para que lo comprendiésemos

mejor, se adaptó a nuestro lenguaje común de los sentidos. Desde que Dios escribió este pequeño relato por la pluma de Moisés, han transcurrido muchos siglos, y las ciencias han adelantado bastante; sin embargo, los que estudian la ciencia de los astros, no obstante el estar persuadidos de que el sol es un astro fijo y que es la tierra la que gira alrededor de éste, aún se atienen a este lenguaje de los sentidos empleado por la Biblia: "Sale el sol", "el sol se pone", etc., son expresiones de actualidad, empleadas precisamente por aquellos que están persuadidos de que es todo lo contrario.

La palabra de Dios está en perfecta concordancia con todos los datos experimentales de la verdadera ciencia, porque en Cristo Jesús "están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento". (Col. 2 : 3). La infalible palabra de Dios sólo está en pugna con las erróneas conjeturas, gratuitas hipótesis y particulares interpretaciones, que constituyen, como dice San Pablo, "los argumentos de la falsamente llamada ciencia" (1 Tim. 6 : 20). El profeta Daniel reconoce que es Dios el que "da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos" (Dan. 2 : 21). David reconoce este mismo principio fundamental en el Salmo 94 : 9, 10, cuando dice: "¿no sabrá el que enseña al hombre la ciencia?". Si es Dios "el que enseña al hombre la ciencia", ¿cómo es posible que la ciencia esté en contradicción con las enseñanzas de Dios? El Sr. Horacio G. Franks escribe: "Por largas centurias esta información (la que menciona la Biblia en la creación de los astros) fué ridiculizada o ignorada; pero hoy, con ayuda del poderoso telescopio y de la placa fotográfica, la astronomía está descubriendo que, al fin de cuentas, el Libro tenía razón—y la astronomía estaba equivocada—. Muchos se hallan bajo la impresión de que la ciencia es antagónica a la palabra de Dios. No es así. Científicamente, repetimos, la Biblia es un libro que ha sido probado. Aunque no es un tratado sobre ciencia, contiene muchos principios científicos (descubiertos por la ciencia en los tiempos modernos), pero absolutamente ninguna falacia o negación de hechos científicos." De un artículo publicado en esta revista por el profesor H. W. Clark, reproduzco los siguientes párrafos: "La Biblia no es un libro de texto científico; pero al hablar lo hace de acuerdo con la verdad científica, porque su Autor es también el Autor de la ciencia. Es cierto que gran parte de la Biblia está escrita en un lenguaje comprensible de aquellos a quienes iban dirigidos sus mensajes, y a la luz de tal hecho no podemos esperar que use los modernos términos científicos. Pero cuando habla de sucesos o de principios, su inspiración del Espíritu de Dios hace que diga la verdad, no importa cuales sean las teorías humanas. Basados en este principio, los que creen en la creación consideran la lectura del Génesis como el relato de hechos veraces y no como fábulas o como cuentos de hadas. Aunque no podemos leer en la narración del Génesis lo que no está allí encontramos que puede interpretarse de acuerdo con los conocidos datos científicos. Es el

histórico relato de un suceso, aunque no pretende explicar todos los hechos científicos que contiene. El único punto en que la crítica científica desempeña su papel es en el de dar a conocer las leyes que gobiernan los fenómenos naturales allí citados, y así ayudarnos a comprender dicho relato."

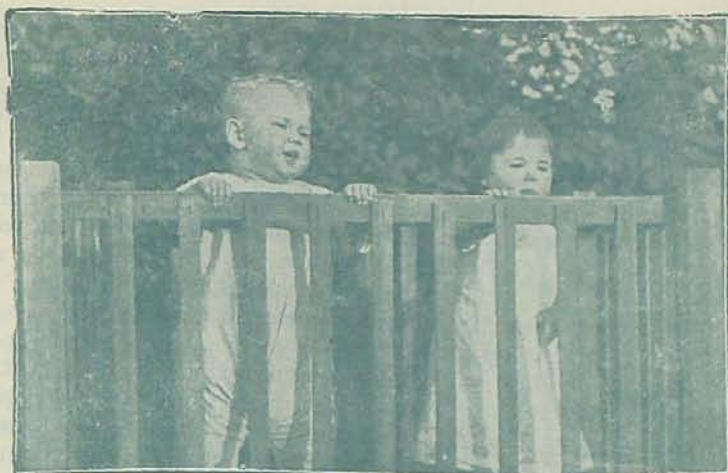
Las Escrituras consignan que: "Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios..." (Deut. 29 : 29), y, ciertamente, no es de nuestra incumbencia el "saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad." (Hech. 1 : 7). "La obra de la creación no podrá nunca ser explicada por la ciencia—dice la señora E. G. White—. ¿Qué ciencia puede explicar el misterio de la vida? La teoría de que Dios no creó la materia cuando trajo el mundo a la existencia es sin fundamento. En la formación de nuestro mundo, Dios no contrajo deuda alguna con la materia preexistente. Por el contrario, todas las cosas materiales y espirituales surgieron a la voz del Señor Jehová delante de él, y fueron creadas para su propio fin. Unicamente por la ayuda de aquel Espíritu que en el principio "cobijaba la haz de las aguas", puede interpretarse debidamente el testimonio de la ciencia." La señora White, hablando sobre este mismo tema, dice en su magnífica obra *El camino a Cristo*: "Es imposible para el espíritu finito del hombre comprender plenamente el carácter o las obras del Infinito. La Palabra de Dios, como el carácter de su divino Autor, presenta misterios que nunca pueden ser plenamente entendidos por seres finitos. Pero no tenemos razón para dudar de la Palabra de Dios, porque no podemos entender los misterios de su providencia. En el mundo natural estamos siempre rodeados de misterios que no podemos sondear. Las mismas formas más humildes de la vida presentan un problema que el más sabio de los filósofos es incapaz de explicar. Por todas partes se presentan maravillas más allá de nuestro alcance. ¿Debemos sorprendernos porque en el mundo espiritual hay también misterios que no podemos sondear? Se han presentado las dificultades de las Sagradas Escrituras como un argumento en contra de la Biblia; pero muy lejos de esto, ellas constituyen una fuerte prueba de su divina inspiración. Si no contuvieran acerca de Dios sino aquello que fácilmente pudiéramos entender; si su grandeza y majestad pudieran ser abarcadas por seres finitos, entonces la Biblia no llevaría las credenciales inequívocas de la autoridad divina. La misma grandeza y los mismos misterios de los temas presentados deben inspirar fe en ella, como Palabra de Dios" (páginas 104 y 105).

En el libro de Job se nos dice que: "Su espíritu (el Espíritu de Dios) adornó los cielos", al crear por medio de su poderoso Verbo el Sol, la Luna y las Estrellas, pues como dice el salmista: "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el espíritu de su boca. Porque él dijo, y fué hecho; él mandó y existió." Job. 26 : 13 y Sal. 33 : 6,9.

(Continuará.)

Diarrea infantil

por el Dr. A. R. Aufranc



El verano es un tiempo crítico para los pequeños. Ciertas enfermedades propias de los pequeños sólo se ven durante los meses de verano. Otras, que por regla general no suelen ser graves, revisten entonces más gravedad por causa del calor. Como la mayor parte de las enfermedades, estas dolencias pueden evitarse tomando ciertas precauciones elementales. Procuraremos, pues, dar algunas indicaciones, que puedan aumentar el bienestar del bebé y la dicha de los padres.

Durante el calor, los pequeños sufren a menudo de diarrea. La dificultad podría parecer de poca monta si no supiésemos que tres de cada cuatro de los bebés que mueren en tiempo de fuerte calor, fallecen por esta causa. Hay una especie particular conocida como *diarrea de verano*, que es una grave enfermedad y exige los más rápidos cuidados de un experto doctor. El mayor peligro estriba en que el bebé que tiene diarrea pierde mucho líquido del que se forman los tejidos, y si esta pérdida no puede compensarse rápidamente, el resultado puede ser muy grave.

DISTURBIOS INTESTINALES

La diarrea de verano es causada por gérmenes que se encuentran en el tubo digestivo, y representa el esfuerzo que hace la naturaleza para librarse de esos organismos nocivos. Los gérmenes penetran en el cuerpo con los alimentos. Por ejemplo, puede haberse dado al nene leche de vaca sin hervir, o si ha hervido, puede haberse dejado al aire sin tapar y habrá sido infectada por las moscas. Todo descuido en la limpieza de los utensilios que han de servir para la alimentación puede también ser causa de esta enfermedad en tiempo de calor. Un bebé alimentado con leche en polvo esterilizada tiene quizá menos propensión a contraer esta enfermedad en tiempo de calor. Pero si se tiene cuidado de hervir bien la leche de vaca y de protegerla luego convenientemente, no hay razón por qué el nene haya de enfermar. Hay que evitar también los cambios en la alimentación durante el fuerte calor.

El tratamiento de la diarrea ha de aplicarse bajo la dirección del médico; pero a continuación damos

algunas indicaciones generales que pueden ser útiles a las mamás. Lo primero y más útil es poner al nene a dieta durante veinticuatro horas al menos. Durante las primeras horas no hay que darle más que agua, pero puede dársele tanta como quiera. Luego se le puede dar agua albuminosa a razón de una cucharada cada hora o cada dos horas, según la edad. Esta agua albuminosa se prepara como sigue: se mezcla la clara de un huevo muy fresco con un litro de agua hervida fría. La clara del huevo ha de añadirse al agua poco a poco, y meneando bien, pero sin batirla. En vez de agua albuminosa puede darse alguna infusión de fruta, como la siguiente, por ejemplo: se echan 250 gramos de agua sobre 125 gramos de pasas picadas. Se deja hervir suavemente como media hora. Luego se pasa. El jugo así obtenido puede diluirse, para que no sea tan dulce.

Pero ha de evitarse especialmente el dar leche a los niños antes de que estén bien, porque esto sólo cargaría el estómago y se agravaría la enfermedad. Cuando ya esté mejor, puede dársele alternando suero de leche y agua, y poco a poco se va introduciendo en la alimentación un poquito de leche mezclada con mucha agua, a medida que se normaliza su estado. Recordad que vale más prevenir que curar, y cuidad bien que los alimentos destinados al nene y los utensilios que se usan para su preparación han de estar absolutamente limpios.

A menudo los cólicos son más frecuentes también en verano: pueden ser debidos a una alimentación equivocada, irregular o demasiado abundante; a veces son debidos a la succión del "chupete", o a haber chupado el biberón vacío. En el momento del ataque el nene suele sufrir mucho, llora a menudo con gritos agudos y prolongados y se observa su estómago distendido, sin que estén relajados los intestinos.

Un baño o compresa caliente en el vientre constituyen el mejor tratamiento. El nene puede beber un poco de agua caliente, pero no ha de dársele ni leche ni ningún otro alimento. Evítense las causas que acabamos de indicar, sobre todo el uso del "chupete", y véase si el régimen es defectuoso y necesita revisión.

La condición primordial del éxito en todos los

asuntos relacionados con la primera niñez, en verano especialmente, es la limpieza y un régimen adecuado, sano y regular. Si la alimentación no conviene al nene, o si se le alimenta sin cuidado y sin dar la debida atención a los detalles, los resultados no pueden ser satisfactorios. La resistencia de los pequeñitos contra los microbios es muy débil, y por esto se le ha de proteger contra los gérmenes. En otras palabras, todo lo que toca al niño ha de estar tan limpio y tan libre de gérmenes como sea posible. Esto se aplica especialmente a los alimentos y recipientes en que éstos se preparan, a sus vestidos y cuna, y aun a la madre y a la nodriza. No se puede insistir demasiado sobre este punto tan importante. Tomemos, por ejemplo, el biberón. Ha de ser sencillo, de cuello ancho, y sin letras de relieve, y sin ángulos, para que la suciedad no pueda depositarse en ellos. Si acaso usáis un biberón difícil de limpiar, un biberón de tubo largo, echadlo en seguida, porque tal biberón constituye un verdadero peligro para vuestro nene.

Para limpiar el biberón y mantenerlo limpio, lavadlo primero con agua de jabón. Es bueno tener un trapito para lavar su interior (un trapito, y no

un cepillo), pero con la condición de que se ha de hervir en cuanto se use. Luego se toma el biberón, se pone en un cazo limpio, se cubre totalmente de agua y se pone a hervir. Si la botella se protege por medio de un trapo del contacto directo con el cazo, no hay peligro de que se rompa. Al estar frío, póngase en un recipiente limpio, enteramente cubierto de agua hervida limpia. Cúbrase todo con una tela limpia también. Antes de tocar los utensilios que se han de usar para la alimentación del nene, la madre o la nodriza han de lavarse cuidadosamente las manos y hacer el trabajo sin secárselas y sin tocar ningún otro objeto. Los cazos y demás recipientes para la alimentación del nene deben guardarse exclusivamente para ello.

Para limpiar y conservar las tetinas de goma, lávense primero y luego fróntense por dentro y por fuera con sal. Sumergid la tetina durante unos segundos en agua hirviendo y guárdese tapada con un vaso o taza que se habrá hervido antes. Recuérdese bien que la ebullición es el medio más seguro de destruir los gérmenes, y que todo lo que se hierve está limpio, desde el punto de vista de las bacterias.

Las maravillas del cuerpo humano

"Si es prodigioso—dice Luis Enrique Carrera—el espectáculo que ofrecen, observados a través del ocular de un gigantesco ecuatorial, los cráteres lunares, el monstruoso collar de perlas de Saturno o el inalcanzable misterio de las nebulosas, no es menos portentosa la visión que nos brinda el binóculo de un microscopio ultrapotente, a través del cual bulle, insospechado, el universo de las células y de los microorganismos.

"Un espectáculo digno de contemplación es el de una gota de sudor o de una lágrima. Hagamos la prueba con una lágrima de esas que con tanta facilidad vierten los niños. Recojámosla y dejemos que se evapore. Una hora después la lágrima será apenas perceptible a simple vista en la lámina de cristal.

"Pero al colocarla en el microscopio y observarla a través del ocular, el espectáculo cambia. Creemos hallarnos en una gruta prodigiosa, poblada de sorprendentes estalactitas, que se irisan a la luz, o bien ante un paisaje andino, en que todo, flora y fauna incluídas, se halla cubierto por una espesa capa de nieve, que refulge al sol. Porque al secarse, las lágrimas producen esos mismos extraños dibujos que, en nuestra lejana infancia, tanto nos gustaba admirar en la escarcha, a través de los cristales del balcón. Extraña floración de helechos blancos, que a veces también afecta la forma de un hacinamiento de cruces y tiene una vívida semejanza con esos inmensos cementerios de guerra de la Europa central, entrevistados en algún amanecer de invierno, al rodar del tren, mientras cae la nieve y envuelve en un solo sudario las cruces y la tierra sobre la cual tanta san-

gre se derramó. Que todo eso cabe en la simple y pueril lágrima de una criatura.

"Sabemos, además, que nuestra piel está perforada por los poros, diminutos conductos que sirven para expeler del organismo diversas sustancias innecesarias y a veces hasta nocivas a la economía orgánica. Pues bien; los poros—contra la creencia general—no son simples agujeros redondos. Observados al microscopio, afectan exactamente la configuración topográfica de un cráter, o sea que aparecen como depresiones circulares, en cuyo borde puede verse una abertura en forma de media luna.

"Estos conductos no están ubicados perpendicularmente a la piel, sino un poco oblicuos. En esa forma, la misma piel forma sobre su abertura una verdadera válvula que, por la presión de las sustancias que salen, se abre ligeramente de adentro hacia fuera, pero que no puede de ninguna manera actuar a la inversa. Verdadera válvula de escape, deja salir, pero no permite entrar. Si no fuese así, nuestro organismo no tendría fronteras para los microbios, pues éstos podrían entrar libremente en él.

"¿Cuántos conductos de esta naturaleza hay en nuestro organismo? No lo sabemos. Sólo sabemos que, diminutos como son, si se les colocase uno tras otro, los de una persona normal darían un hilo de más de 60 kilómetros de largo."

"Te alabaré—exclamó una vez el rey David, al dar loor a su Creador—porque, asombrosa y maravillosamente, he sido formado; admirables son Tus obras; y mi alma lo sabe muy bien." (Salmos 139:14, V. M.)

Salgamos con nuestros hijos

por Arturo W. Spalding



El muchacho preadolescente es por naturaleza un aventurero. Se deleita en salir de exploraciones; y cualquiera que sea su ambiente, hallará algo que explorar. Si tiene la buena fortuna de vivir en el campo, tiene delante de sí un tesoro de valor indecible: colinas que trepar, ríos que navegar, rincones de bosque y montañas donde hacer descubrimientos. Mas si está encerrado en la ciudad, sus exploraciones pueden conducirle a lugares peligrosos y a descubrimientos perjudiciales.

La niña típica es menos aventurera, pero también encierra en su corazón un anhelo de conocer los secretos de la naturaleza, y si se le da oportunidad, secundará dignamente las investigaciones de su hermano. Para con los niños que se encuentran en esta edad, tenemos nosotros, los padres, una deuda, que consiste en darles un campo de acción tan extenso como las circunstancias lo permitan, y además, en acompañarlos y dirigirlos en las exploraciones a las cuales los impulse su curiosidad.

EL AFÁN DE LAS COLECCIONES

¿Quién no sabe que el muchacho de diez a doce años es tan aficionado como la urraca a hacer colección de objetos brillantes? Vacíese el bolsillo de cualquier muchacho, y se tendrá un museo de antigüedades en miniatura: un cortaplumas, una concha de caracol, un clavo de herradura, un trozo de hilo, algún anzuelo cuidadosamente clavado en un corcho, alguna moneda extranjera, un amuleto consistente en un reloj descompuesto, alguna estampilla que le pareció rara, tres o cuatro bolitas, dos fósforos y medio, una manzana y algunas semillas de sandía o de melón. Varíese esta lista tanto como se quiera, siempre el contenido del bolsillo de un muchacho resultará un museo, como lo sabe cualquiera que esté familiarizado con las costumbres de los muchachos.

El afán de juntar una colección de cosas puede recibir una buena aplicación y ser hecho realmente instructivo en diferentes sentidos. Y puede tenerse la seguridad de que mientras se está ayudando a los muchachos y a las niñas a coleccionar especímenes de cualesquiera cosas que desean sus corazones, uno mismo está coleccionando amistades y aprecio.

Uno puede hacer servir la pasión de las colecciones al estudio de la naturaleza. En cierta colonia de vacaciones, teníamos varios niños que se dedicaban a coleccionar cualquier clase de cangrejos, tortugas, escarabajos y serpientes que pudiesen encontrar. Tu-

vimos varios estudios interesantes al tratar de identificar todo lo que los muchachos traían, y los libros de historia natural que poseíamos en la biblioteca del campamento fueron puestos a contribución. Lo mismo pasaba con otros objetos de la naturaleza, pero, por supuesto, los árboles se han de estudiar mayormente donde se encuentran, y las flores no duran tanto como las tortugas y los escarabajos. Se fundaron varios museos en las tiendas de campaña de nuestro campamento, y aunque su existencia quedó necesariamente limitada por la brevedad de las vacaciones, tuvieron su valor. Pero en la propia casa de uno, el patio puede ser fácilmente utilizado para dar albergue a un acuario o un corralito donde se pueden estudiar las costumbres de los animales terrestres o acuáticos que se coleccionen. Hay también muchos libros que dan indicaciones e informaciones muy valiosas referentes a esta clase de estudios.

Las colecciones de flores y hojas de un herbario serán también altamente educativas; y si uno vive cerca del mar, se pueden hacer planes para obtener una colección de conchas y otros mariscos. En algunos lugares, se pueden encontrar ágatas y otras piedras semipreciosas. Igualmente una colección de diferentes minerales y piedras resultará de mucho interés. Cualquiera que sea la colección, debe hacerse tan ordenada y sistemáticamente como sea posible.

La mera asociación con la naturaleza ejerce una gran influencia sobre el carácter del niño. El hábito de observación es fundamental para todo estudio de la naturaleza, y debe inculcarse constantemente en el niño. Tan a menudo como sea posible, el niño debería ir acompañado en sus exploraciones por su padre o un maestro que le induzca a observar detenidamente cuanto vea y oiga, como la situación del terreno, las rocas, los árboles y otros objetos naturales, la dirección de los rieles de ferrocarril, de los caminos y los ríos; el estado y perspectiva del tiempo por las señales del cielo; los hábitos de las aves, animales y diversas plantas; las variadas clases de florecillas silvestres, etc.

También es bueno estudiar el cielo, aunque para ello se requiera tenderse de espaldas. Es bueno cultivar entre padres e hijos el hábito de estudiar el cielo en todas sus fases, familiarizarse con las diferentes nubes, y saber distinguirlas en las tormentas y la calma, a la puesta y la salida del sol, de día y de noche. El niño así educado en su preadolescencia a observar las obras de Dios se acostumbrará a las mayores y más gloriosas cosas que le habrán de proteger de las incalculablemente sórdidas diversiones del hombre.

Champollión, un hombre tesonero

Corta biografía del sabio que dió al mundo la clave de la historia egipcia antigua, al descifrar los jeroglíficos que cubren los monumentos de Mitzraim.

Juan Francisco Champollión nació en Figeac (departamento de Lot), Francia, el 23 de diciembre de 1790, en el seno de una familia consagrada a la ciencia. Su hermano, conocido por el nombre de Champollión-Figeac, y quien le llevaba doce años, estudiaba con ardor y éxito los idiomas antiguos. Ocupó temprano la cátedra de literatura griega en Grenoble. Se consagró a la instrucción de su joven hermano y quedó recompensado por el vivo interés del niño.

Desde sus más tiernos años, Champollión el menor dedicó su atención a las lenguas orientales. Empleaba sus momentos de recreo en copiar las letras del alfabeto hebreo y otros. El entusiasmo despertado por la expedición de Egipto no tardó en embargar a la familia Champollión, y en 1806, el mayor de los hermanos publicó una carta relativa a la inscripción griega del templo de Denderah. Juan Francisco tenía entonces dieciséis años. Desde hacía tiempo tenía la convicción de que sería llamado a dilucidar el misterio de los jeroglíficos. Con los años, este pensamiento se transformó en firme resolución y pasión absorbente. Todo, por otra parte, concurría a avivar esa llama. El Egipto estaba en el aire. Los escritos de los literatos estaban llenos de alusiones a esa tierra extraña y atrayente. Algunos eruditos franceses habían sugerido que su antiguo idioma era en sustancia el mismo que el copto. Champollión el menor tuvo la inspiración de que si así sucedía los antiguos nombres de las provincias y de las ciudades debían tener algún significado como palabras coptas. Por esto se puso a coleccionar estos nombres en los autores griegos y latinos, en las geografías árabes y en la Biblia hebrea. Como resultado de este estudio especial, no sólo confirmó la opinión de que el antiguo egipcio estaba expresamente aliado al copto, sino que además pudo reconstruir el mapa del país tal como existía en los días de los faraones.

En 1807 leyó un trabajo respecto al asunto en la Academia de Grenoble. Los talentos que en ello reveló, unidos al hecho de que el autor no había cumplido aún los diecisiete años, le destacaron ante los sabios e indujeron a éstos a invitarle a ir a París, donde pudo proseguir sus estudios en mejores condiciones. Los honores que tan temprano le eran concedidos, no marchitaron las hermosas promesas de su juventud. Para él la gloria no significaba nada, el trabajo lo era todo. Es un error demasiado común pensar que los grandes descubrimientos son el fruto de algún momento de inspiración súbita. Son, por el contrario, las más de las veces, la recompensa de los esfuerzos perseverantes en los cuales el hombre ha puesto toda su energía y diligencia.

La escritura demótica o popular del antiguo pueblo egipcio era la más sencilla. Plutarco había mencionado que descansaba en un alfabeto de 25 caracteres. Estos caracteres Champollión los descubrió en 1808, comparando un manuscrito demótico con la inscripción hecha en el mismo idioma en la piedra Roseta. Para familiarizarse con su conquista, se puso a emplear este alfabeto para tomar sus notas. Transcribía textos coptos y hacía ejercicios coptos en demótico. Esta costumbre provocó una graciosa confusión: un sabio académico francés halló más tarde una de estas composiciones y la publicó como un manuscrito copto de la época de los Antoninos.

Sin embargo, para Champollión la mies parecía tardar mucho. Fué tan sólo el 17 de septiembre de 1822 cuando pudo leer en la Academia de las inscripciones una Memoria en la cual exponía cómo había logrado reconocer en los documentos los nombres de Tolomeo, Cleopatra, Alejandro, Berenice, Arsinoé y la palabra autócrata. Por fin, se había descubierto el alfabeto jeroglífico.

Sin embargo, Champollión prosiguió sus investigaciones. En 1823 leyó en el Instituto una serie de monografías por las que se distinguían en el sistema de escritura de Egipto tres elementos: el emblemático, el ideográfico y el alfabético. Al año siguiente, el Gobierno francés publicó esos trabajos a sus expensas. Los éxitos del sabio se acumulan rápidamente. En un viaje que hizo a Egipto en aquella época reunió numeroso material. Había llegado a ser uno de los hombres más eminentes de su tiempo, y pocos visitantes distinguidos consentían en salir de París sin haber visto al gran egiptólogo. El rey le había investido de un cargo que le daba libre acceso acerca de su persona. Otra señal de estima a la cual él concedió mucho más precio aún fué la creación, en el Colegio de Francia, de una cátedra de arqueología, de la cual él fué el primer titular. Mas para Champollión, su misión importaba más que todo lo demás, y, por tanto, dió la espalda a sus admiradores para dedicarse en la calma y soledad del campo, a la terminación de su gramática y de su diccionario. Elaboró entonces para la publicación mucho material que había traído de sus viajes en la tierra de los faraones. Y a fines de 1831 sacó a la luz un prospecto de la obra que proyectaba. Herido en diciembre de un ataque de apoplejía, se apresuró a dictar a su hermano las últimas páginas de su gramática. Llegado al término de su obra, dijo: "He aquí lo que, espero, será mi tarjeta de visita para la posteridad."

Según las palabras de Silvestre de Sacy, "sus descubrimientos durarán tanto como los monumentos inmortales que nos dió a conocer." Fué un hombre providencial, porque dió a la humanidad la clave de innumerables inscripciones que han venido a corroborar la veracidad de la Biblia, precisamente en el siglo que más la ponía en duda.

El libro indispensable para su hogar

"Guía Práctica de la Salud"

POR EL DR. FEDERICO M. ROSSITER

SEXTA EDICION

Considerablemente aumentada y cuidadosamente corregida.



Tratado magistral de anatomía, fisiología e higiene, con una descripción científica de las enfermedades, dando sus causas, síntomas y tratamientos. Escrito especialmente PARA LAS FAMILIAS E INSTRUCCION DE LOS ENFERMEROS

Se ha compuesto esta obra médica con el sincero propósito de que corresponda en verdad a lo que implica su título:
GUÍA PRACTICA DE LA SALUD

Da una explicación completa y sencilla de los órganos y las funciones del cuerpo humano, con más de 90 MAGNIFICOS GRABADOS, muchos de ellos en colores, que muestran la anatomía de las diversas partes y la relación entre unas y otras, junto con la descripción detallada de la naturaleza y causa de muchas dolencias y la prescripción higiénica para su tratamiento SIN USO DE DROGAS. Se ocupa, además, DE CASI TODAS LAS ENFERMEDADES COMUNES DEL GENERO HUMANO, de tal modo que

las enseñanzas y consejos expuestos pueden practicarse en todos los hogares. Contiene un capítulo adicional sobre el masaje, de que carecían las primeras ediciones, y un apéndice de datos valiosísimos sobre la austeridad que debe caracterizar cuanto atañe a la vida sexual.

Consta de 735 páginas de texto, y además 12 láminas en colores y una bella tricromía, representación gráfica de la estructura del cuerpo humano en láminas sobrepuestas.

Lujosamente encuadernada en tres estilos, y los precios son los siguientes:

Cuero, cantos marmoleados.	35 pesetas.
Medio cuero, ídem íd.	30 —
Tela, ídem íd.	25 —

Editorial "Señales de los Tiempos"

Apartado 4.078.—MADRID